

## UTILIZACIÓN POPULAR DEL ESPACIO CIUDADANO EN EL SIGLO IV. *ACCLAMATIO ET TUMULTUS*\*

*Popular Use of Citizen Space in the Fourth Century. Acclamatio et Tumultus*

Manuel RODRÍGUEZ GERVÁS  
*Universidad de Salamanca*

Biblid [0213-2052 (2002) 20, 225-244]

RESUMEN: Señalamos que durante el Bajo Imperio la plebe ciudadana mantiene una cierta identidad propia y una cierta conciencia de sí misma. Tanto las celebraciones triunfales como las sublevaciones forman parte de una misma moneda en la que las masas populares adquieren protagonismo. El espacio ciudadano, al que tradicionalmente se ve como lugar exclusivo de las prácticas del poder, es utilizado y reivindicado por la plebe, hasta el punto de que los lugares de concentración del triunfo o de los juegos son los mismos lugares donde la masa acude para mostrar su descontento o reivindicar sus propuestas.

*Palabras clave:* Antigüedad tardía, relaciones sociales, ciudad.

ABSTRACT: During the late Roman Empire, citizen plebeians maintained a certain identity of their own and a certain self-awareness. Triumphal celebrations and uprisings were two sides of the same coin in which the plebeian masses acquired

\* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación financiado por la DGICYT B HA 2000 1349 titulado «Imágenes del poder (ss. II-V). Fronteras y alteridades.

protagonism. At the same time, the citizens' space, traditionally seen as the exclusive place for the practice of power, was used and claimed by the plebeians to the point that the places used by crowds to celebrate triumphs or hold games became the same places where the masses went to show their displeasure or demand that their proposals be met.

*Key words:* Late Antiquity, social relations, town.

La plebe romana a partir de Tiberio había visto disminuida su representación institucional en las distintas asambleas<sup>1</sup>, sin embargo, es erróneo pensar que con ello se produjo la anulación política de la misma, lo sucedido fue que las masas populares, negadas las formas de expresión política republicanas, conduce sus demandas a través de otros mecanismos. Durante la antigüedad tardía la ciudad de Roma es testigo, también otras ciudades del Imperio, de un cierto protagonismo popular, protagonismo que se manifiesta principalmente en los tumultos y desórdenes, acontecimientos de cierta frecuencia<sup>2</sup>. Pero existen otras manifestaciones colectivas de índole contraria como son las expresiones lúdicas multitudinarias que conllevan la necesidad de la presencia popular, y que también adquieren una dimensión política, aunque se imponga a través de una previa ritualización<sup>3</sup>. Común a ambas situaciones es la presencia masiva del elemento plebeyo, presencia que facilita ciertas formas identitarias populares que terminaran por favorecer una conciencia propia, por más que no sea posible estructurarla eficazmente en una influencia política regular.

En otras palabras, pretendemos analizar como los *ludi*, procesiones y celebraciones imperiales, forma tradicional de utilización masiva del espacio ciudadano, es también una forma de reconocer al pueblo su estatus y de ejercer una redistribución social, simbolizada en el conocido *panem et circensis*<sup>4</sup>. En algunas ocasiones fracasa esta argamasa socio-política y se producen los desórdenes, momento en el que es el pueblo quien tiende a monopolizar el espacio público.

1. Augusto las convirtió en instituciones carentes de todo valor manteniendo únicamente su nombre, pero Tiberio con su reforma del año 14, eligiendo a un número importante de candidatos, reduce prácticamente su poder, TÁCITO: *Annales*, I, 15; ver ROSTOVITZEFF, M.: *Historia social y económica del Imperio Romano*, II, vols., Madrid, 1972, 3ª ed., p. 167. Aunque siguieron funcionando de una manera o de otra hasta pleno siglo III, ver JACQUES, F.; SCHEID, J.: *Rome et l'intégration de l'Empire. 44 av. J.-C.-260 ap. J.-C.*, Paris, 1990, p. 49 s.

2. Ver sobre las revueltas en el Bajo Imperio KOHNS, H. P.: «Versorgungskrisen und Hungerrevolten», *im Spätantiken Rom.*, Bonn, 1961.

3. FRASCHETTI, A.: «La feste, il circo, i calendari», en *Storia di Roma. Caratteri e morfologie*, Torino, 1993, vol. IV, pp. 609-617, especialmente p. 614 y s donde establece la relación entre *ludi* y política, afirmando –siguiendo a Cicerón– la conexión entre una vida cívica y los juegos escénicos.

4. Véase el debatido pero imprescindible trabajo de VEYNE, P.: *Le pain et le cirque*, Paris, 1976. También, aunque con un contenido distinto, YAVETZ, Z.: *Plebs and Princeps*, Oxford, 1969.

De este modo la pompa y tumulto son las dos caras que la masa ciudadana tiene de expresarse, aunque por supuesto con desigual intensidad y consecuencias. Somos conscientes que tanto en las celebraciones festivas como en los desórdenes la plebe se vio influida por el juego político y las tensiones entre el elementos senatorial y el emperador y entre las diversas facciones nobiliarias<sup>5</sup>, estando expuestos a propuestas demagógicas de unos personajes u otros y a las presiones clientelares<sup>6</sup>.

El siglo IV es un momento álgido en la plasmación de la política triunfal de los emperadores, construyéndose una teología de la Victoria al servicio de los aspirantes o detentadores del Imperio<sup>7</sup>. La construcción teológico-política en torno al emperador se hace más eficaz a partir de Constantino, en ese momento los cambios efectuados tienden de manera eficaz a intentar neutralizar las contradicciones del sistema que pudieran existir anteriormente en los niveles político-ideológico<sup>8</sup>. Dentro de este cuadro ideológico la propia ceremonia del triunfo adquiere un significado relevante por lo que tiene de espaldarazo a una legitimación propia y en ciertos casos dinástica.

La tradicional ceremonia triunfal, largamente ensayada a lo largo de la época imperial, se desarrollaba en tres etapas diferenciadas temporal y espacialmente, dando preeminencia, en cada momento de dicha ceremonia, a los distintos pilares del Imperio: ejército, Senado y pueblo romano, los cuales se veían representados en dicha celebración. En una primera fase, el ámbito de desarrollo se localiza fuera del *pomerium*, siendo el ejército, junto con el senado, los protagonistas de tributar homenaje al emperador. La segunda fase, la más larga en tiempo transcurre a lo largo de las principales arterias de la ciudad, el emperador es aclamado por una muchedumbre enfervorecida, es aquí cuando la plebe es la principal protagonista y sujeto activo del encuentro con el Príncipe. El último acto del ceremonial consiste en prácticas culturales, reservadas a la zona del Capitolio, concretamente en el templo Júpiter Óptimo Máximo. Se puede afirmar, pues, que el *triumphus* imperial es una forma tanto de reconocimiento institucional de las diversas instancias políticas como de fórmula, al menos en el plano simbólico, de consideración a la función del pueblo, aunque ésta sea muy limitada.

5. De la numerosa bibliografía sobre este aspecto destacamos obras clásicas como ARNHEIM, M. W. T.: *The Senatorial Aristocracy of the Later Roman Empire*, Cambridge, 1972; RODA, S.: «Simmaco nel gioco politico del suo tempo», *SDHI*, 1973, pp. 53-114; MATTHEWS, J.: *Western Aristocracies and Imperial Court, A.D. 364-425*, Oxford, 1975; CHASTAGNOL, A.: *Le Sénat romain à l'époque impériale. Recherches sur la composition de l'Assemblée et le statut des ses membres*, Paris, 1992.

6. Sobre las clientelas en la vida política romana puede consultarse: ROULAND, N.: *Pouvoir politique et dépendance personnelle dans l'antiquité romaine. Gennèse et rôle des rapports de clientèle*, Bruselas, (col. Latomus), 1979; SALLER, R. P.: *Personal Patronage under the Early Empire*, Cambridge, 1982; WALLACE-HADRILL, A. (ed.): *Patronage in Ancient Society*, London-New York, 1990.

7. M. McCORMICK, *Eternal Victory. Triumphal rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West*. Paris, Cambridge, 1990, pp. 36 ss.

Como señalábamos anteriormente el *triumphus* se había ejercido de manera estable y regulada a lo largo de los diversos siglos del Imperio, siendo heredero de las conmemoraciones victoriosas de edad Republicana. Traemos aquí, sin embargo, las celebraciones triunfales de Constantino por lo que tienen de cierta inflexión en el ceremonial tradicional. Es cierto que en los primeros años de su llegada al imperio, cuando se hallaba en la Galia, no se vislumbra una diferencia en la conmemoración de sus victorias, al menos tal y como lo recogen los panegíricos galos. En el año 306 Constantino hace frente a las incursiones francas sobre el Rin, venciendo y capturando a los reyes de estas tribus, Ascarico y Merogaiso (VII,11,5) y conduciéndolos victoriosos a Tréveris (Trier). De nuevo en el 308 o más tarde, 310, tiene lugar una victoria sobre pueblos del Rin, a los que vence capturando un gran número de prisioneros. La información de ambos triunfos, tal y como nos lo proporciona el orador anónimo del 310, nos permite imaginar una celebración muy semejante a la que se realizaba en Roma. El propio panegirista es el primero en establecer el símil, comparando ambas entradas la de Tréveris y la realizada en la *Urbs*, en la que el emperador montado en un carro se dirigía a través de una de las puertas de la ciudad hacia el Foro y de ahí al Capitolio<sup>9</sup>, acompañado por los reyes cautivos. La procesión victoriosa de Constantino en Trier debía seguir el mismo modelo romano, el espectáculo de su entrada sería seguido con expectación por la población, el desfile por las principales calles de la ciudad desembocaría en el Foro y concluiría con las ofrendas preceptivas. En el panegírico se nos narra minuciosamente el momento posterior a la parada triunfal, aquel en que las celebraciones continúan en anfiteatro<sup>10</sup>, lugar de concentración habitual tras el desfile y parte sustancial del triunfo, donde se nos dice que un gran número de prisioneros, aquellos que no son aptos para el trabajo o la guerra, servían de espectáculo. Es interesante recalcar cómo en los panegíricos la victoria es celebrada de manera general por la ciudadanía, por encima de diferencias sociales o políticas, resultado de interiorizar la oposición principal entre el ciudadano romano, parte integrante del Imperio, en contraposición con el otro, el bárbaro, el *hostis*<sup>11</sup>.

8. La democratización de la cultura, término que Mazzarino empleaba para caracterizar el período tardoimperial lo entemos más como una eficaz integración entre la estructura ideológica y el aparato político imperial; MAZZARINO, S.: «La democratizzazione della cultura nel basso impero», en *Antico, Tardoantico ed èra costantiniana*, Roma, 1974, pp. 74-98.

9. *Paneg.*, VII, 10, 6, GALLETIER, E. (ed.): *Panegyriques Latins*, 3 vols, Paris, 1952-1955: *Tunc enim captiui reges cum a portis usque ad forum triumphantium currus honestassent, simul atque in Capitolium curram flectere coeperat imperator.*

10. *Paneg.*, VII, 12, 3: *...quorum nec perfidia erat apta militiae nec ferocia seruituti, ad poenas spectaculo dati saeuientes bestias multitudine sua fatigarunt.*

11. Por supuesto la apoteosis pública servía también para reforzar a la propia figura imperial, en este caso en mayor grado, dada la coyuntura política en la que se hallaba inmerso Constantino, únicamente reconocido como Augusto por las tropas de su padre y contentándose con ser César de Galerio. Es más tarde cuando el propio Maximiano, septiembre del 307, lo nombra Augusto, ver BARNES, T. D.: «The victories of Constantine», *ZPE*, 20, 1976, pp. 149-155; del mismo: *The New Empire of Diocletian and Constantine*, Cambridge (Mass.), London, 1982, p. 5, n<sup>os</sup> 14-16.

Hay, sin embargo, un triunfo de Constantino, cuyo desarrollo pudo cambiar no sólo el ceremonial tradicional pagano sino el propio papel que hasta entonces desempeñaba la plebe romana en estos festejos, nos estamos refiriendo a la entrada de Constantino en Roma el año 312. El panegirista anónimo del año 313 narra el ingreso de Constantino en la *urbs* tras la victoria sobre Majencio. La visión pública de los despojos del «tirano» es recibida con *publica laetitia* por el pueblo de Roma<sup>12</sup> y la presencia de Constantino en la capital es acogida con gratitud, así aquellos que consiguen contemplarlo de cerca se muestran *felices qui te propius aspicerent* (IX,19, 2). De igual manera, aunque más escueto, se expresa Nazario en el panegírico del 321, *senatus populique romani maximo gaudio*<sup>13</sup>. Hasta aquí todo parece normal, acontecimientos similares en otras ocasiones y con diversos actores son narrados de parecida forma: así la derrota de Maximino en el 238 y la posterior llegada de su cabeza a Roma es saludada por las gentes de Roma que «circulaban como posesos felicitándose mutuamente y corriendo todos juntos hacia el circo»<sup>14</sup>. Teodosio en su enfrentamiento con Máximo recibe la alegría de la ciudad de Hemonia, Liobliana, tras su entrada en ella<sup>15</sup>.

Resaltamos esta *publica laetitia* como parte sustancial de la llegada de Constantino a Roma, porque el beneplácito del pueblo con él era un signo legitimador de su política y de su victoria. La alegría ciudadana exteriorizada en la salida de las masas a lo largo de las calles por donde transcurría el cortejo permitía distinguir al buen gobernante del usurpador<sup>16</sup>. Dicha *laetitia* está en la base de la festividad antigua, más aún forma parte de la religiosidad clásica en cuanto que se desarrolla en un marco cívico normativizado y ritualizado<sup>17</sup>.

La difusión de la *publica laetitia* viene a representar también el *consensus* entre los diversos estamentos sociales, el panegírico de Pacato a Teodosio antes mencionado, pronunciado en Roma en el 389, nos muestra de manera explícita la forma clásica de celebrar un triunfo. Sucede fuera de Roma en Hemonia, ciudad situada en la Panonia superior. La rendición apresurada de la ciudad a Teodosio en su enfrentamiento con Máximo, es motivo para que la propia ciudad organice un recibimiento al vencedor, la *unanimitas* imperial aparece en este discurso muy nítidamente. El emperador es acogido y recibido por todos los grupos sociales, los notables de la ciudad, los sacerdotes y la muchedumbre<sup>18</sup>; con igual alegría se

12. *Paneg.*, IX, 18, 3: ... *in gaudia et uindicta populus Romanus exarsit nec disitum tota urbe.*

13. *Paneg.*, X, 30, 4.

14. HERODIANO: *Historia del Imperio Romano*, VIII, 6, 7-8. Edición a cargo de TORRES ESBARRANCH, J.: Madrid, 1985.

15. *Paneg.*, XII, 37, 2-3: *tanta se et tam simplici exultatione iactabat ut, ni esset uera laetitia, nimia uideretur... Hic tibi triumphum chorus.*

16. MAZZARINO, S.: «Annunci e *publica laetitia*: L'iscrizione romana di fausto e altri testi» en *Antico, tardoantico ed era costantiniana*, I, Bari, 1974, pp. 229-250.

17. MAZZARINO, S.: «Annunci e *publica laetitia*...», *op. cit.*, p. 244.

18. *Paneg.* XII, 37, 4: *Quid ego referam pro moenibus suis festum liberae nobilitatis occursum, conspicuos ueste niuea senatores, reuerendos municipali purpura flamines... quid effusam in publicum turbam domorum?*

expresan los ancianos, las mujeres, los niños (37, 4). El ingreso en la ciudad no puede ser más alegre, grupos de danzantes lo reciben, guirnaldas adornan las calles principales, tomadas por la multitud que las obstruía, *uias... quibus ferebaris obstruere*, descripción que nos recuerda el panegírico del 313 a Constantino, sino fuera porque la fiesta de Hemoña, no se interrumpe. Ambos discursos, el dirigido a Constantino y el de Teodosio, muestran sin lugar a dudas la necesidad de contar con la plebe en el desarrollo del triunfo, son parte importante con sus aclamaciones en mostrar la *laetitia* del buen emperador frente al tirano<sup>19</sup>. En definitiva la multitud con sus expresiones de alegría y la ocupación de las calles está legitimando al gobernante, es ésta la única manera de mostrarlo, la fuerte formalización del triunfo, distribuye el espacio y la función de los actores, dejando para la masa ciudadana la ocupación de las vías públicas.

Sin embargo Constantino traiciona esta pública confianza, esta legitimación popular, depositada en él. El cortejo posiblemente transcurría de acuerdo al antiguo recorrido del triunfo, a través de la puerta Carmentia, o triunfal, hacia la vía Sacra y el Foro, para finalizar en el Capitolio<sup>20</sup>, ofreciendo sacrificios a Júpiter Optimo Máximo, en un momento determinado interrumpe el ceremonial y en vez de dirigirse al Capitolio entra directamente en el palacio Imperial. Podemos defender diversas hipótesis de la celebración que se llevó a cabo, prueba clara de que no sabemos exactamente lo que sucedió<sup>21</sup>, pero lo que realmente sí conocemos por el relato del orador es la reacción del pueblo ante los acontecimientos. Llama la atención en primer lugar el caos en que se desarrollaron los hechos, frente a otras paradas en las que el público asistente mantiene un cierto orden<sup>22</sup>. La lectura detenida del texto refleja a las gentes de Roma menos como espectadores que como actores del propio desfile, sumándose progresivamente al mismo. La descripción hace pensar más en una algarada callejera, con empujones y atropellos, que en un desfile tradicional. La multitud termina por desbordarse, y en una reacción extraña en acontecimientos de este tipo, rompe incluso los límites sagrados del

19. Pacato no pudo ser más explícito, *Paneg.*, XII, 37, 2: *tanta se et tam simplici exultatione iactabat ut, ni esset uera laetitia, nimia uideretur*. Mientras que para el tirano *contra tyranno funebres nentias et carmen exequiale dicebat*.

20. *Grosso modo* el espacio por donde discurría las procesiones triunfales iba desde el Campo de Marte al Capitolio, ver CLAUDIANO, *VI Cons.*, 534-546.

21. Como señala FRASCHETTI, A.: «Costantino e l'abbandono del Campidoglio», en GIARDINA, A. (ed.): *Società romana e impero tardoantico. Vol. II: Roma politica, economia, paesaggio urbano*, pp. 59-87 y 412-438, fue STRAUB, J.: el primero en llamar la atención sobre este suceso tal y como aparecía en el panegírico en *Vom Herrscherideal in der Spätantike*, Stuttgart, 1935, pp. 98 ss. y 261 ss. Más pormenorizado en «Konstantins Verzicht auf den Gang zum Kapitol», *Historia*, 4, 1955, pp. 297 ss.

22. Por ejemplo, la descripción que se hace a lo largo de la obra de, *Panegírico a Justino*, hay edición bilingüe y con aparato crítico publicada en Sevilla, RAMÍREZ DE VERGER, A.: *Flavio Cresconio Coripo. El panegírico de Coripo*, Sevilla, 1985. Más recientemente ha aparecido una excelente traducción al castellano con introducción y notas de la obra de Coripo a cargo de RAMÍREZ TIRADO, A.: *Coripo. Juánide. Panegírico de Justino II*, Madrid, 1997.

palacio imperial. Los espectadores, según el panegirista, se extrañan de la rapidez del cortejo, toda vez que era proverbial la tardanza en concluir las paradas triunfales<sup>23</sup>, y mantienen la esperanza de que se continúe. Esperan incluso la salida de Constantino del palacio y, como dice el panegirista, lo rodean, incluso casi penetran en el *sacrum limen*. A pesar de la visión edulcorada del panegirista, éste no puede por menos que añadir, que Constantino se vio rodeado por la muchedumbre<sup>24</sup>. La reacción de la ciudadanía romana que en principio fue de alborozo y alegría por la llegada de Constantino<sup>25</sup> se torna en insatisfacción, posiblemente en cierta hostilidad, ante el incumplimiento de la tradición.

Parece claro que no se actuó de acuerdo a un desfile triunfal tradicional ni siquiera a una celebración de *adventus*<sup>26</sup>. Deducimos que si se incumplió la última parte del ceremonial, la subida al Capitolio y la realización de ofrendas, no únicamente la plebe se vería perpleja, sino que el elemento senatorial sería el primer agraviado, dado que este último trayecto, por las propias características del espacio y por el propio acto cultural, estaría reservado para un número limitado de gente: el elemento nobiliar y sacerdotal. Implícitamente se les estaba negada su representación simbólica y por tanto su funcionalidad real, en definitiva Constantino con este acto menoscaba la representatividad institucional, al menos en el plano formal, que pueblo y senado representaban en el sistema constitucional romano.

Mantenemos la tesis de Augusto Frascchetti, en el sentido de que la no subida al Capitolio no fue un acto impensado, Constantino, el 29 de octubre, entra en Roma celebrando el *triumphus*, pero de manera premeditada decide no continuar con el ceremonial<sup>27</sup>. Este argumento encajaría con el posterior asedio de la masa ciudadana, cuya reacción no sería tanto de expectación, tal y como defiende el panegirista, sino de repulsa y exigencia al emperador triunfante para que cumpliera la tradición. La reiteración del rétor por mostrar la conformidad del senado y el pueblo romano con Constantino es un tanto sospechosa, los posteriores actos realizados por éste intentarían recomponer el consenso, de ahí que se nombren aquellos episodios que sirvieron al emperador para congraciarse con la ciudadanía romana: los espectáculos de gladiadores para dejar contenta a la plebe, su parlamento en la curia en la que Constantino, según el panegirista, otorgó al Senado su antigua autoridad, *auctoritaem pristinam reddidisti*. Zósimo es, sin embargo,

23. SUETONIO: «De vita Caesarum», *Vespasiano*, 12. Donde se afirma que Vespasiano se quejaba irónicamente de la lentitud y pesadez de la procesión.

24. *Paneg.*, IX, 19,4: *ut uiderentur eum a quo obsidione liberati fuerant obsidere*.

25. Incluso Zósimo no duda en reconocerlo, ZÓSIMO, II, 17, 1.

26. Ésta es la idea que propone MacCORMACK, S. G.: *Art and Ceremony in Late Antiquity*, Berkeley, Los Ángeles, London, 1981.

27. FRASCHETTI, A.: *op. cit.*, p. 62 s.: Constantino «non poteva ignorare come a Roma si svolgesse un *triumphus*, e dove sempre a Roma questo *triumphus* dovesse necessariamente e inevitabilmente concludersi».

concluyente tanto en la decisión tomada por Constantino, aunque la atribuya equivocadamente al 326 y no al 212, como en la reacción de los habitantes de Roma, tanto pueblo y Senado lo odiaron por apartarse de la sacra ceremonia<sup>28</sup>.

La acción de Constantino no tendría mayor incidencia si fuera un hecho aislado y no un síntoma de un proceso más amplio, como demostró Santo Mazzarino. El suceso puntual del 29 de octubre hay que enmarcarlo dentro del marco estructural que supone la época constantiniana, donde se va a generar una nueva dirección en la concepción del Estado romano, imponiéndose paulatinamente, no sin tensiones, los parámetros cristianos<sup>29</sup>. Los agravios posteriores de Constantino con la ciudad de Roma, el mayor de ellos la creación de otra nueva capital, dan una dimensión más amplia al suceso y muestran la poca disposición de Constantino a contar con los soportes, al menos formales, del Senado y el pueblo romano. El «abandono» del Capitolio refleja un punto sin retorno de la política de Constantino, el definitivo alejamiento del senado romano de las decisiones políticas, quedando constreñido al área urbana, y en ciertas ocasiones incluso de forma limitada<sup>30</sup>.

Hemos indicado anteriormente cómo las celebraciones festivas sirven fundamentalmente como elementos de consenso sin embargo no es menos cierto que las concentraciones populares generan una cierta desconfianza en el poder, razón por la cual tiende, en la medida de lo posible, a acotar el área donde se colocan las masas populares, de ahí que se construyan tribunas para albergarlos y se les asigne determinados lugares. La necesidad taxonómica del poder imperial, mayor en el mundo bizantino, los colocó por gremios<sup>31</sup>, estableció trayectos a lo largo del recorrido o en ciertos lugares específicos, como el foro, *medioque fori*, y los distribuyó por grupos o asociaciones<sup>32</sup>. Ordenados y fijados en tribunas por el prefecto de la ciudad, al cual le incumbe el buen orden de la celebración<sup>33</sup>, con el fin de evitar altercados o protestas. Sin embargo, dicha reglamentación no hace otra cosa que demostrar, en definitiva, la necesidad de contar con el elemento popular en las

28. ZÓSIMO, *Nueva Historia*, II, 29, 5. PASCHOUD, F.: *Cinc études sur Zosime*, Paris, 1975, pp. 56 ss. señala que confunde las fechas del suceso y que sus datos son poco coherentes y deslavazados, sin embargo, creemos que no es óbice para que Zósimo conociera con bastante exactitud el sentimiento de, al menos, ciertas familias del elemento senatorial.

29. MAZZARINO, S.: *Antico, tardoantico*, op. cit., p. 466 y s.

30. Paradigmático de esta pérdida de poder es el asunto del Altar de la Victoria, véase MAZZARINO, S.: «Tolleranza e intolleranza: la sull'ara della Vittoria», *ATA*, I, pp. 339-377.

31. CORIPO, *In laudem Iustini Augusti minoris*, RAMÍREZ DE VERGER, A. (ed.): *Flavio Cresconio Coripo. El Panegírico de Justino II*, Sevilla, 1985; el libro IV contiene una descripción del *adventus* consular de Justino el 1 de enero del año 566, por lo explícito de la información repetimos algunos de los párrafos IV, 2-9: *urguebat turmas arcus statione replere et loca, quae populis praefectus deputat urbis... tunc partes munire suas spatiumque parare adcelerant*.

32. CORIPO, *In laudem*, IV, 67-68: *diposuerunt gradus, quis staret in ordine longo divisum in turmas atque in sua corpora vulgus*. Sobre estos hechos véase CAMERON, AV.: *In laudem Iustini Augusti minoris libri IV*, London, 1976, p. 194 ss.

33. Sobre sus funciones véase CHASTAGNOL, A.: *La préfecture urbaine à Rome sous le Bas-Empire*, Paris, 1960; también del mismo *Les fastes de la préfecture urbaine à Rome sous le Bas-Empire*, Paris, 1962.

paradas triunfales o en ceremonias de *adventus* aunque para ello fuera necesario establecer unas ciertas medidas preventivas.

No sólo los textos recogen el papel institucional del pueblo, también los monumentos conmemorativos se hacen eco de su función en las conmemoraciones victoriosas, aunque de manera menos explícita debido a las propias reglas formales del soporte material. El Arco de Galerio recuerda la victoria de éste sobre el monarca persa Narsés y su captura durante el período tetrárquico, año 297<sup>34</sup>. El Arco memorializa el hecho a través de diversas escenas del ceremonial triunfal, la derrota y el correspondiente desfile triunfal, así como la representación de la *adlocutio* ante las tropas y el propio *adventus* imperial<sup>35</sup>. Es en esta escena en la que aparece el emperador subido en una *cathedra* que lo porta en un carro, mientras que una fila de personas vestidas con manto, levantan las manos aclamándolo<sup>36</sup>; gentes que podrían representar personajes importantes de la ciudad de Roma, como señala M. S. Pont Rothman, o la esquematización de la *laetitia* ciudadana. Sin embargo, otra escena parece personalizar más claramente el júbilo popular, es aquella en la que se muestra el cortejo con el botín persa, el tetrarca con su guardia personal y la multitud blandiendo antorchas y ramos frente de una puerta de la ciudad<sup>37</sup>. No cabe la menor duda que esta imagen identifica las virtudes de la *Felicitas* y la *Victoria*, virtudes que la ciudadanía expresa a través del júbilo. Los sujetos presentes en esta secuencia encarnan a la plebe ciudadana, reconocida, de este modo, en el Arco como parte integrante del ceremonial cívico.

La columna de Arcadio, es otra buena muestra de lo mismo, su contenido llegó a nosotros por los dibujos realizados en el s. XVI; fue erigida en Costantinopla por Arcadio en el 403 y recoge la expulsión de los godos de Constantinopla<sup>38</sup>. La composición sobre cuatro lados contenía imágenes sobre los bárbaros, en diversos momentos. Muestra a un general victorioso, pudiera ser Fravita, entrando en Constantinopla, escoltando a unos prisioneros montados en camellos y a lo largo del trayecto, están presentes figuras de ciudadanos, unos togados y otros con clámide. Esta presencia ciudadana se repite en otra escena en que aparecen prisioneras germanas precedidas por jinetes y soldados a pie. En definitiva, la existencia de ambos

34. Puede consultarse STEIN, E.: *Histoire du Bas-Empire*, Paris, 1959, I, p. 448, más concretamente SESTON, W.: *Dioclétien et la Tétrarchie*, Paris, 1946. En castellano BRAVO, G.: *Coyuntura sociopolítica y estructura social de la producción en la época de Diocleciano*, Salamanca, 1980.

35. Seguimos la descripción que hace del Arco de Galerio en Tesalónica PONT ROTHMAN, M. S.: «The Thematic Organization of the Panel Reliefs on the Arch of Galerius», *A. J. Arch.*, 81, 1977, pp. 427-454.

36. PONT ROTHMAN, M. S.: *op. cit.*, p. 437.

37. PONT ROTHMAN, M. S.: *op. cit.*, p. 442. Según la autora la imagen de este *adventus*, representado en la cara norte *contradicts the general development of adventus iconography in Late Roman art in that it replaces the typical condensed symbols which emphasize the aspect of an epiphany...*

38. La columna fue demolida en 1729, pero quedaron los dibujos realizados en el siglo XVI, ha podido ser estudiada por la reconstrucción de las imágenes que realizó FRESHFIELD, E. H.: «Notes», *Archaeologia*, 72, 1921-1992, pp. 87-104. Véase GRABAR, A.: *L'empereur dans l'art byzantin*, Estrasburgo, 1936 (reimpr. Londres, 1971), pp. 74 ss.; no me ha sido posible consultar la que para la mayoría de los

grupos de ciudadanos, espectadores en la procesión victoriosa, es parte sustancial de la propia columna, y representan a la ciudadanía en su conjunto: los grupos más acomodados –los representados con toga– y los ciudadanos más modestos, el pueblo, –vestidos con capa corta–. En definitiva las imágenes conmemorativas de las ceremonias *adventus/triumphus* servían de práctica cívica identitaria, al menos de cohesión política, aunque pensamos que no tanto social ya que las distintas clases sociales lo celebran en diferentes lugares, pero no es óbice para reconocer que el pueblo debe formar parte del proceso, aunque tenga un tiempo y un espacio limitados para expresarse.

Un monumento que difiere en parte de los anteriores es el arco de Constantino, realizado en el 315, y expuesto en la *via Triunfal*. El arco está construido con materiales de otros monumentos y con elementos originales; de éstos últimos destaca uno de los frisos, donde se plasma la entrada de Constantino en Roma al vencer a Majencio, en una de sus escenas se dirige al pueblo romano desde los Rostra del Foro, mientras que otra de las escenas distribuye donativos a la plebe<sup>39</sup>. Constantino aparece en las imágenes de forma frontal, muy de acuerdo con la iconografía de las monedas, con un fuerte hieratismo y muy similar en la composición con las imágenes de Cristo tronado en majestad<sup>40</sup>. La escena es una de las primeras en este tipo de representación<sup>41</sup> y muestra un cambio iconográfico, muy en sintonía con la evolución religiosa que se está operando. En consonancia con la construcción de esta imagería áulica está la forma hierática en que aparece el pueblo, que se encuentra de manera muy quieta, en actitud de respetuosa atención, casi sagrada atención nos atrevemos a decir, con los ojos elevados; estableciéndose una feliz coincidencia con la descripción que el panegirista del 313<sup>42</sup> realiza. La escena del reparto de congiario es de una plástica similar, individuos que por su indumentaria pueden simbolizar a distintos grupos sociales alzan su ojos y sus manos hacia el emperador, quien rodeado de altos dignatarios les entrega dádivas. La actitud del pueblo en este friso es completamente diferente, no es ni actor político ni siquiera espectador, aparece en un claro gesto de veneración y de mendicidad que nada tiene que ver con el pueblo protagonista reconocido, al menos formalmente, del orden institucional romano. Pensamos que habría que enmarcar esta imagen más cerca de una representación de la caridad cristiana que del

---

especialistas es la mejor monografía sobre la columna, ver J. KOLLWITZ, *Oströmische Plastik der theodosianischen Zeit*, Berlin, 1941. También McCORMICK, M.: *Eternal Victory*, *op. cit.*, pp. 49-51, reproducción de los dibujos 52-55.

39. Sigue siendo fundamental para comprender el Arco de Constantino los trabajos de H. P. L'ORANGE, especialmente L'ORANGE, H. P.; VON GERKAN, A.: *Der spätantike Bildschmuck des Konstantinsbogens*, Berlin, 1939.

40. GRABAR, A.: *op. cit.*, p. 197.

41. GRABAR, A.: *op. cit.*, p. 198.

42. *Paneg.*, IX, 19, 6: *quam te ipsum spectare potuerunt, qui tuus esset fulgor oculorum, quae totius corporis circumfusa maiestas.*

evergetismo<sup>43</sup> y, creemos nosotros, muy en sintonía con el vuelco estructural que supuso el reinado de Constantino.

En definitiva la aclamación triunfal, una de las formas de júbilo masivo, sirvió en la antigüedad tardía, como elemento identitario y socializante, siendo utilizado como propaganda política imperial; ahora bien en cuanto se requiere la presencia popular para legitimar el evento, se convierte en lugar idóneo para poder expresar los anhelos populares. La utilización del espacio cívico por la masa ciudadana, sus calles, plazas y diversos lugares públicos, se realizaba en la mayoría de las ocasiones de acuerdo a un plan preestablecido. *Adventus* y entradas triunfales cumplen como mecanismos ideológicos que refuerzan las estructuras políticas y sociales, pero en ciertas ocasiones se pueden producir tensiones, haciendo necesario ordenar el espacio a través de la regulación en forma de focalizar los lugares donde el pueblo debe permanecer.

Una de las manifestaciones lúdicas más participativas y unificadoras son los *ludi circenses*, que habiendo nacido como actos culturales se convierten en espectáculos que modelan el espacio urbano y ritman la vida ciudadana<sup>44</sup>, conformando el Circo uno de los lugares que mejor recogen las pulsiones políticas y sociales de

43. Sobre el evergetismo y la caridad cristiana puede verse VEYNE, P.: *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, Paris, 1976, p. 44 ss.; quien defiende la marcada diferencia entre ambas prácticas: «L'evergétisme et les oeuvres pies et charitables diffèrent par leur idéologie, leurse bénéficiaires, leurs agentes, les motivations des ces agents, ainsi que leurs conduites».

44. Existe la opinión, siguiendo a Cicerón Pro Sestio, 106-115, de entender los juegos como asambleas del pueblo. Entre la amplia bibliografía destacamos. CLAVEL-LEVEQUE, M.: «L'espace des jeux dans le monde romain: hégémonie, symbolique et pratique sociale», ANRW, II, 16, 3, 1986, pp. 2045-2563, especialmente 2462 ss., quien defiende la tesis de que los juegos como lugar donde se organiza el consentimiento y la integración social. Desde otro punto de vista, pero abundando en la misma idea de integración McMULLEN, R.: *Enemies of the Roman Order*, Cambridge –Massachusetts–, 1966, p. 171 ss. señala que los espectáculos interesaban a magistrados y emperadores como válvula de escape del pueblo a pesar de los desmanes que pudieran producirse. Más centrado en la evolución de las facciones circenses a lo largo de la historia del Imperio, minucioso por lo que respecta a Constantinopla, y en sus reivindicaciones y diálogos con el emperador véase CAMERON, AV.: *Circus Factions*, especialmente p. 157 ss. WEBER, C. W.: *Panem et Circenses. La politica dei divertimenti di massa nell'antica Roma*, trad. Italiana, Milán, 1986. VILLE, G.: *La gladiature en Occident des origines à la mort de Domitien*, Roma, 1981. Existe otro planteamiento historiográfico que se centra en el circo como espacio simbólico-religioso ver DAGRON, G.: *Naissance d'une capitale*, especialmente pp. 320-344. HERRIN, J.: «Byzance: Le palais et la ville», *op. cit.*, p. 214 donde se analiza el hipódromo como lugar de relaciones institucionales, donde el emperador y el pueblo, representado por las facciones se reencuentran. Un análisis del circo como reutilización ideológica-simbólica por parte del poder VESPIGNANI, G.: «Simbolismo magia e sacralità dello spazio circo», en *Quaderni della Rivista di Bizantinistica*, 14, Bologna, 1994. El circo visto desde sus orígenes y con un componente religioso se encuentra en FIGANIOL, A.: *Recherches sur les jeux romains*, Paris, 1923. En los siglos V e inicios del VII se producen diversos casos de sublevaciones populares que tienen como «foco» el circo CAMERON, A.: *Circus factions*, p. 271 ss., también VESPIGNANI, G.: *op. cit.*, p. 60 s., señalan diversos ciudades en los que se producen revueltas en torno al circo, a parte de la famosa revuelta NIKA en Constantinopla; Antioquía en el siglo V, la misma Roma a comienzos del VI, Rávena en la primera mitad del VI.

la plebe romana. El circo simboliza el macrocosmos universal, representa la imagen del mundo<sup>45</sup>, pero trasciende esta simbología física para convertirse a su vez en alegoría del universo político y social romanos. Es en época imperial, con la entrada de los cultos mitriádicos, cuando el Circo supone una conjunción decisiva entre la metáfora cósmica circense y la realeza divina, en tanto que se establece una estrecha unión entre la figura del soberano, *comes*, y el propio *Sol*<sup>46</sup>. El emperador se convierte en *fatorum arbiter* en el Circo, lugar en el que se encuentra de manera directa con sus propios súbditos, apareciendo en público investido de una realeza sacra que derivará en la imagen de cosmocrator<sup>47</sup>. Paralelo a este proceso de autocracia se imponen nuevas realidades topográficas, afectando también al Circo, éste formará parte integrante del complejo de la villa imperial, uniéndose de esta manera el Circo, espacio sacro, con la nueva topografía política, paradigma de ello es el complejo *Domus Augusta-Circo Máximo*<sup>48</sup>.

El Circo forma parte del aparato propagandístico del soberano, y al igual que otros medios plásticos y literarios es un formidable sistema de publicidad y de exaltación imperial; es la imagen del universo político-ideológico imperial. La funcionalidad de los espectáculos ciudadanos no se limita únicamente a servir de elemento publicitario, también refleja las tensiones entre el gobernante y los gobernados, entre el pueblo y el poder imperial, convirtiéndose, por ello mismo, en un buen sistema para normalizar las relaciones entre los súbditos y el príncipe. Después de la victoria de Constantino sobre Majencio y de producirse el malestar ciudadano, el emperador asiste a unos juegos en los que se congratula con la ciudadanía, hasta el punto de que ésta no tenía «ojos más que para ti, ansiosos de ver cuál era el fulgor de tu mirada»<sup>49</sup>.

Llegados a este punto es necesario preguntarse por los mecanismos de funcionamiento de este espacio de integración, aunque también de disenso que es el Circo. Parece obvio afirmar que en los edificios lúdicos, teatro, anfiteatro o circo, aparecen visibles las jerarquías sociales, al establecer de manera precisa la ubicación

45. Como señala VESPIGNANI, G.: *op. cit.*, p. 24 y nº 7: el circo «rappresenta il *circulus anni*, il *populus* ed i *limites aetheri*; la pista (*arena*) è come la terra e l' *euripos* è como l'oceano che la circonda; l'obelisco è come il sole allo zenit; le *metae* rappresentano l'Oriente e l'Occidente...».

46. VESPIGNANI, G.: *op. cit.*, p. 27.

47. VESPIGNANI, G.: *op. cit.*, p. 28.

48. VESPIGNANI, G.: *op. cit.*, p. 35. Hay ejemplos abundantes a lo largo del Imperio, desde la Villa de Adriano en Tivoli que contaba con un Hipódromo a la Villa de Majencio, a lo largo de la Via Apia, dentro del cual se halla un Circo. Los complejos de diversas residencias imperiales aparecen con el Circo como elemento nodal del sistema, finalmente, como expresión máxima de esta nueva configuración político-espacial se halla el conjunto hipódromo-palacio de Constantinopla, ver al respecto DAGRON, A.: *Naissance d'une capitale: Constantinople et ses institutions de 350 à 451*, Paris, 1974. También CAMERON, A.: *op. cit.*, p. 182 la presencia cercana del Circo y el Palacio puede deberse a razones prácticas, pero los emperadores no renunciaban por ello a la *pompa*, que formaba parte de las manifestaciones del poder imperial.

49. *Paneg.*, IX, 19,6.

de cada orden; sin embargo, es la masa popular la que adquiere un mayor protagonismo. Los espectadores se constituyen en torno a una multitud y unos grupos activos, las facciones que se diferencian por colores, principalmente verdes y azules en la tardía antigüedad<sup>50</sup>, son estas *factiones* las que producen una mayor algarabía en el recinto y ocupan el mayor protagonismo. Sin embargo, es un cuerpo relativamente pequeño que en su reclutamiento responde a relaciones de patronato-clientela salidos, aunque no exclusivamente, de las asociaciones gremiales. Se establece, pues, un vínculo de dependencia que en algunos momentos, según la coyuntura, favorece determinadas y partidistas actuaciones políticas<sup>51</sup>. Estas agrupaciones con una fuerte impronta gremial y profesional pudieron desarrollar su influencia en ciertas áreas urbanas, aquellas en las que se ubicaban actividades artesanales, resultando preeminentes en la vida pública<sup>52</sup>. Existe una organización interna, experimentada frecuentemente en los espectáculos circenses, que permite a estos grupos mantener una fuerte identidad propia, plasmada en unos colores; todo ello crea una conciencia y una cohesión interna que, en aquellos momentos de enfrentamiento con grupos rivales o con el propio poder imperial, favorecía la rápida propagación del conflicto y la algarada callejera<sup>53</sup>.

Así pues los espectáculos lúdicos conllevan a la vez la imagen del orden y de la jerarquía, ésta es la idea que nos asalta al leer la descripción que ciertos autores realizan de la *pompa circensis*<sup>54</sup>, pero también es pulsión *extra ordinem*<sup>55</sup>. No hay duda de que en los juegos hay una tendencia a la unificación y al reconocimiento de las jerarquías, la propia procesión que precede a este tipo de celebraciones es un acto de afirmación ciudadana, en el que participan los miembros de los diversos colegios y donde la omnipresencia imperial, especialmente en el Bajo Imperio<sup>56</sup>,

50. Seguimos la obra de obligada referencia de CAMERON, Av.: *Circus factions, Op. Cit.*, p. 45 ss. Si bien los colores tradicionalmente eran cuatro: rojo, blanco, azul y verde, en el Bajo Imperio el azul y el verde se hacen más exclusivos.

51. CAMERON, A.: *op. cit.*, p. 13 ss., el uso de clientelas para fines políticos está en la tradición del mundo romano, y es especialmente significativo en los momentos de conflictividad social y política.

52. CAMERON, A.: *op. cit.*, p. 27. A. Cameron, *Circus factions*, p. 80 niega el carácter representativo de estos grupos basándose en el escaso número de componentes, así en época de Mauricio los verdes contaban con 1.500 individuos y los azules con 900. Incluso aunque se tomen otras fuentes como la *Historia* de Pseudo Codino en la que su número asciende a 16.000 siguen sin ser números suficientemente representativos de la ciudadanía. De acuerdo con Cameron en lo esencial, sin embargo, sí conviene señalar –dejando al margen teorías conspirativas como la de BRINTON, C.: *Anatomy of Revolution*, New York, 1965 (1938)– que la escasa representatividad de un grupo no está reñida con la capacidad de convocatoria que tenga dicho grupo.

53. Aunque volveremos más detenidamente sobre las revueltas, al respecto sobre la sublevación en la ciudad de Antioquía en el 387 véase BROWNING, R.: «The Riot of A.D. 387 in Antioche: the Role of the Theatrical Claques in the Later Roman Empire», *JRS*, 42, 1952, pp. 13-20.

54. TÁCITO, *Anales*, XI, 11; DIONISIO DE HALICARNASO, VII, 72.

55. Para CLAVEL-LEVEQUE, M.: *Op. Cit.*, pp. 2445 ss., predomina la visión de los juegos como un sistema integrador.

56. TEJA, R.: «Il cerimoniale imperiale», en SCHIAVONE, A. (ed.): *Storia di Roma. L'età tardoantica. Crisi e trasformazioni*, III.1, pp. 613-642, Turín, 1993.

recuerda a los ciudadanos que se hallan bajo su obediencia. Pero desconocer la polifuncionalidad del espectáculo es negar la otra cara de la fiesta, aquella que otorga a la masa ciudadana ciertas prerrogativas: los juegos marcan el espacio público, la calle es ocupada por la muchedumbre, como también lo es el propio circo o cualquier otro complejo lúdico, en ellos se oye la voz del pueblo. Aunque es sabido que el emperador puede hacer oídos sordos a las posibles reclamaciones, no es menos cierto que acude al circo o al teatro para buscar el beneplácito de la plebe, especialmente cuando consigue la púrpura o en ciertos momentos de tensión en los que es conveniente su presencia con el fin de conocer las reivindicaciones populares e intentar neutralizar el descontento<sup>57</sup>.

Es importante tener en cuenta dicha circunstancia, dado que el emperador normalmente recibía adulaciones, generalmente en tono jocoso<sup>58</sup>; sin embargo, existía en la memoria colectiva, los emperadores eran conscientes de ello, una relación entre los motines y las celebraciones festivas. Un ejemplo puede ilustrarnos al respecto: en el gobierno de Cómodo el pueblo odiaba al jefe de los *equites singulares*, guardia personal del emperador, Cleandro al que le acusaba de codicia y de ser responsable del hambre que asolaba la ciudad de Roma, el malestar saltó en el teatro, donde Herodiano afirma, que la muchedumbre se organizó en grupos numerosos para insultarlo, de ahí se pasó a una verdadera sublevación que tuvo que ser sofocada por la caballería imperial<sup>59</sup>. La ausencia en el teatro de Cómodo, motivada posiblemente por la hostilidad creciente del pueblo, fue la causa de no atajar prontamente el descontento, tuvo que ser aconsejado por gentes de su entorno, según Herodiano su hermana Fadila, que eliminara a Cleandro. La decisión congració al emperador con la ciudadanía romana, como prueba el hecho de que «volvió a la ciudad, donde fue recibido por el pueblo con aclamaciones».

Es la misma línea de lo expuesto hay que entender el diálogo que se establecía en el Circo entre el emperador y los espectadores, el cual nos da la auténtica dimensión y el verdadero papel otorgado al pueblo, si bien esta relación directa emperador-*princeps* con la plebe fue limitado a una plática muy formalizada. Dentro del circo-hipódromo la alegría popular se exteriorizaba a través de aplausos y gritos, en general fórmulas repetitivos. Las facciones llegaban a establecer ciertos diálogos con el emperador, pero en las manifestaciones masivas lo normal eran las saluciones como la que señala Coripo, en el «ordenado» estado bizantino<sup>60</sup>, *tu*

57. CAMERON, A.: *op. cit.*, pp. 170 ss., quien señala que la presencia del emperador en el circo se correspondía con su llegada al poder, *That was news*, en situaciones de creciente malestar, intentando aplacar a la masa con una cabeza de turco, *with a scapegoat* y finalmente por la virtud de la *civilitas* que conllevaba su presencia en el circo o en el teatro.

58. PLINIO, *Panegírico*, 54, 2.

59. HERODIANO: I, 12 y 13.

60. CAVALLO, G.: «El hombre bizantino» en *El hombre bizantino*, Madrid, 1994, pp. 12 s., señala que el hombre bizantino se reconoce en la ceremonia y en el orden, ambos términos tienen la misma denominación, *táxis*. El sistema político está sometido a un orden jerárquico, por ello la *anōmalia*, es sinónimo de desorden.

*vincas, Iustine* (I, 358), traslación latina de la aclamación griega *σὺ νικᾷς*<sup>61</sup>. De manera similar al entrar Justino en el Hipódromo se producen los gritos de aprobación del pueblo y de las facciones tales como *aurea tempora* (II, 308) y *Iustino vitam ... orant* (310-11), vítores, jaleados por las *partes*, y que en este caso revestían especial importancia, el pueblo no había jugado ningún papel en la decisión cortesana de elevar a Justino a la dignidad augustea, pero era necesario contar con el refrendo popular<sup>62</sup>.

El Circo-hipódromo y el Teatro representan junto con la calle un espacio de identidad propia del pueblo, un lugar de manifestación de anhelos y frustraciones y por ello espacio de praxis colectiva, mediatizada como no, por el momento histórico que hace que dicha práctica social esté sometida a las presiones institucionales, vía emperador o nobleza, o a la represión más dura, situación que se produce cuando la masa ciudadana entra en conflicto abierto con el Estado romano, es este otro aspecto el que pretendemos exponer a continuación. Tanto en Roma como en otras ciudades del imperio, por no hablar del campo, existe un disenso palpable en la época bajo imperial. Las manifestaciones colectivas violentas no fueron fenómenos extraños a lo largo de la historia de Roma, como señaló Libanio en su discurso en defensa de la ciudad de Antioquía ante el emperador Teodosio a consecuencia de los disturbios sucedidos en el año 387<sup>63</sup>. Tenían su epicentro especialmente en las grandes capitales, Roma, Constantinopla, pero también en ciudades como Alejandría o Antioquía; otras ciudades pequeñas tampoco se veían libres de la violencia de las masas<sup>64</sup>. La causa más corriente de los conflictos, por lo demás perfectamente estudiados<sup>65</sup> era el hambre o la irregular distribución de alimentos, así como el alza de los precios. En otras ocasiones se debe a controversias religiosas o por diferencias entre grupos rivales en las competiciones lúdicas<sup>66</sup>.

61. Acontecimientos públicos como la llegada al poder de un emperador, victorias militares, coronamiento del emperador y la emperatriz hacen que el pueblo grite esta frase, ved al respecto GAGÉ, J.: «La victoire impériale dans l'Empire chrétien», *R.H.Ph.R.*, 1933, pp. 370-400. CAMERON, A.: *Circus factions*, cap. IX, especialmente p. 249 ss.; CAMERON, AV.: *In laudem*, *op. cit.*, p. 148, RAMÍREZ DE VERGER, A.: *El panegírico*, *Op. Cit.*, p. 107, n. 32.

62. CAMERON, A.: *In laudem*, *op. cit.*, p. 173 s., señala que a pesar de que las facciones desempeñaban un papel esencial en la ceremonia inaugural en Bizancio, pero «on this occasion they did remain quiet».

63. LIBANIO, *Oratio*, XIX, «Sobre las revueltas». Hemos manejado la edición española de GONZÁLEZ GÁLVEZ, A.: *Discursos II*, Madrid, 2001.

64. LIBANIO: *Orat.*, XIX, 11. Donde se afirma que tanto las pequeñas como las grandes se ven afectadas por los disturbios.

65. Monografía imprescindible sobre las revueltas sigue siendo, al menos por lo que se refiere a la recogida de material, la ya citada de KOHNS, H.P.: *Versorgungskrisen und Hungerrevolten im Spätantiken Rom.*, *op. cit.* También en castellano contamos con el excelente trabajo de AJA SÁNCHEZ, J.R.: *Tumultus et urbanae seditiones. Sus causas*, Santander, 1998; éste centrado en el siglo IV.

66. Estudios sociológicos sobre los disturbios en época preindustrial destacamos TILLY, Ch.: *From Mobilization to Revolution*, Massachuset, 1978. También TARROW, S.: *Power in Movement*, traducción en castellano, Madrid, 1997.

Las razones que dieron lugar a los disturbios en la antigüedad tardía están bastante bien estudiadas y lo mismo ocurre con los procedimientos de actuación de las masas. El modelo de funcionamiento en la mayoría de los casos es bastante similar, existiendo una tipología recurrente que brevemente resumiremos. El origen suele ser un pequeño grupo cuya cohesión interna, aunque sea mínima, favorece una cierta estabilidad que le permite actuar y difundir rumores en una dirección determinada. El segundo momento es el contagio, la «infección» de los actores individuales, de aquellos que hasta ese momento no pertenecen al grupo y cuyo aumento significativo va acelerando el proceso de incorporación de otros miembros. En tercer lugar, aunque suele darse desde el principio, la muchedumbre tiende a mostrar su ira gritando y destruyendo objetos diversos, relacionados con sus opositores (el fuego ocupa un lugar importante en la destrucción) y enfrenándose físicamente a ellos hasta intentar eliminarlos. En muchas ocasiones aparece una «cabeza de turco», un individuo, que representa el enemigo a destruir y a quien se dirigen las iras populares. Finalmente la masa tiende a desaparecer, bien por la propia represión que ejerce el Estado romano, bien por asimilar éste sus demandas e ir desactivando su hostilidad o empleando ambas cosas. Ahora bien, el análisis tipológico de las sublevaciones sirve para objetivar los procedimientos y funcionamiento de las masas, en un intento de sistematizar algo a simple vista tan poco estructurado como la masa. Sin embargo este análisis no profundiza en los procesos internos particulares<sup>67</sup>.

Estudios sociológicos recientes sobre la violencia colectiva hacen hincapié en la importancia de diferenciar los caracteres intrínsecos recurrentes en los actores del disturbio<sup>68</sup>. Entre las conclusiones se destaca que aquellas ciudades que cuentan con una considerable población favorecen el desarrollo del disturbio y tienen una gran tendencia a sobredimensionarlo, a su vez tienden a transmitir los tumultos a las pequeñas poblaciones, cosa que no sucede en caso contrario. Generalmente el núcleo del disturbio tiene una homogeneidad, lo cual permite una rápida difusión e influenciabilidad; cuentan también los aspectos sociales, étnicos o religiosos que singularizan en mayor grado la reivindicación. La influencia de la difusión, esto es el grado en la intensidad de transmisión de la noticia es básico para la propagación de la violencia, como es básico que en la difusión social realice un papel importante un canal comunicador que sirve para alargar y hacer llegar la noticia. En la actualidad los medios de comunicación, en la antigüedad la propagación a través de discursos o el propio rumor tienen un papel considerable.

67. El excelente libro de CANETTI, E.: *op. cit.*, no deja de ser un tratado de antropología y fenomenología, o si se quiere empleando el término que se utiliza en la edición castellana una «antropología patológica», pero no un análisis histórico.

68. MYERS, D. J.: «The Diffusion of Collective Violence: Infectiousness, Susceptibility, and Mass Media Networks», *AJS*, 106, 2000, pp. 173-208.

La Roma tardoimperial, reunía ampliamente los requisitos antes expuestos, una fuerte densidad de población, las cifras que se esgrimen sobre la población de Roma, aunque no haya cifras incontestables, no dejan lugar a dudas sobre una población bastante elevada y lo que es más importante con una fuerte concentración en algunas regiones de la ciudad<sup>69</sup>.

Las noticias son rápidamente propagadas de viva voz, a través del rumor<sup>70</sup> que adquiere una capital importancia en el mundo romano. Herodiano un gran conocedor del pulso de la ciudad de Roma nos informa repetidamente de cómo las sublevaciones vienen precedidas de voces, las expresiones «cuando llegaron noticias» o «cuando llegó a Roma la noticia» recorren la obra de este autor griego, sirva como ejemplo la descripción de la victoria de Gordiano sobre Maximino: «Tan pronto como el rumor se extendió, todos se pusieron a correr como locos de un lado para otro. Todas las masas son propensas al cambio, pero el pueblo romano formado por una ingente multitud abigarrada de hombres de diversas procedencias pueden cambiar de opinión con extraordinaria facilidad»<sup>71</sup>. El núcleo de dispersión del rumor es el teatro o el circo o los mercados, donde se propaga la noticia con rapidez, esto se debe no únicamente a que haya una mayor densidad de personas que facilitan la onda expansiva sino a la existencia de grupos organizados, las facciones. También los *collegia* pudieron jugar un papel similar; más aún estos emplazamientos se convierten en centro de peregrinaje al que acude la población para informarse<sup>72</sup>.

69. Es difícil precisar la población de Roma en época imperial: BELOCH, J.: *Die Bevölkerung der griechisch-romischen Welt*, Leipzig, 1886, calculo para época imperial entre 800.000-1.000.000 basándose en los posibles beneficiarios de la *annona*, JONES, A. H. M.: *The Later Roman Empire*, Oxford, 1986, p. 689 y nº 2, señala que en Roma en el siglo IV se contaba con 1.800 *domus* y alrededor de 45.000 *insulae*. HOPKINS, K.: *Conquistadores y esclavos*, Barcelona, 1981, p. 122 ss., propuestas que sigue MORLEY, N.: *The city of the Rome and the Italian economy 200 B.C.-A.D. 200*, Cambridge, 1996, p. 34 ss., estima la población en época de Augusto entorno a 800.000 personas, y una densidad de población que en las áreas más pobres podría estar entre 400 a 800 personas por Ha, densidad alta, incluso si lo comparamos con parámetros actuales. Para el siglo IV la población sería similar, no así a partir del siglo V que descendiendo, ver MAZZARINO, S.: *Aspetti sociali del quarto secolo*, Roma, 1951, pp. 219 ss.

70. CORIPO, *Panegírico de Justino II*, I, pp. 310-314. Donde se explica cómo en Constantinopla la noticia de la muerte de Justiniano y la llegada de Justino es transmitida a través de rumores y habladurías. Sobre la comunicación verbal directa entre los habitantes de las polis griegas, y por extensión, en el mundo romano LONGO, O.: *Tecniche della comunicazione nella Grecia antica*, Napoles, 1981, especialmente p. 14 y ss., donde se afirma que los lugares por excelencia de la comunicación oral y, por ello, excelentes espacios de difusión de la noticia y del rumor son las plazas, las fontanas, los barrios, así como los lugares de espectáculos.

71. HERODIANO: *Historia del Imperio Romano*, VII, 6,7. Edición a cargo de TORRES ESBARRANCH, J.J., Madrid, 1985. Sobre la obra de HERODIANO; WHITTAKER, C. R.: *Herodian*, Londres, 1969; Más concretamente sobre el gobierno de Maximino y la sublevación del 238, BERSANETTI, M.: *Studi sull'imperatore Massimino il Trace*, Roma, 1940; TOWNSEND, P.W.: «The revolution of A.D. 238: The leaders and their aims», *Yale Classical Studies*, 14, 1955, pp. 59-132. Más general MAZZA, M.: *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo D.C.*, Roma-Bari, 1973, sobre la revolución p. 388 s.

72. La información que nos proporciona Herodiano no deja lugar a dudas, HERODIANO: *op. cit.*, VIII, 12, 7. MACMULLEN, R.: *Enemies of the Roman Order*, Cambridge -Mass.-, 1967, 172 ss.

No es ésta la ocasión para hacer un análisis de las causas de los conflictos tar-doantiguos, si señalar que los disturbios reflejan tanto la existencia de una identidad, una conciencia de grupo, sea ésta étnica, religiosa, agonística o social como unos intereses comunes. La mayoría de los disturbios surgen por situaciones coyunturales, pero detrás hay graves problemas sociales de carácter estructural<sup>73</sup>; una de las sublevaciones más frecuentes era por causa de la escasez de alimentos y/o por su carestía, cuestiones relacionadas con la anona cívica, derecho secular del pueblo cuya carencia era sentida tanto vivencialmente como una afrenta contra los derechos ciudadanos<sup>74</sup>. La reiteración de este tipo de motines, la rapidez en formarse y las acciones emprendidas, muy semejantes en la mayoría de los casos, muestran a la plebe romana asumiendo prácticas de rebelión frente a los abusos del poder imperial o senatorial.

El descontento popular se manifestaba de manera similar, una radiografía de las revueltas nos conduce a establecer ciertas coordenadas comunes<sup>75</sup>. Lo primero que se observa es la rápida extensión de los conflictos, indicador que muestra la existencia de una base real de descontento y una rápida solidaridad, su estallido muestra públicamente el sentimiento de injusticia y de agravio, los sublevados pretenden frenar esta injusticia con una acción directa, fácilmente reconocida y, lo que es más importante, que dicha acción pueda unir a otros, integrándolos en la protesta.

Las acciones a emprender están limitadas por el escaso nivel armamentístico de que disponían y se reducen a enfrentarse con palos y otros objetos de uso diario, siendo su principal fuerza el considerable número de personas que secundan la revuelta, que se constituyen en masa, en muchos casos violenta<sup>76</sup>; el historiador antioqueño afirma que tras su dispersión se desparramaban por toda la ciudad<sup>77</sup>. El número que integraba estas revueltas, al margen de que existieran cabecillas como un tal Pedro Valvomeres<sup>78</sup>, que posiblemente terminarían siendo cabeza de turco, debía de ser considerable. Por esta razón los lugares de concentración son

73. Una valoración sobre los diversos ámbitos del conflicto en el siglo IV los trabajos ya citados de AJA SÁNCHEZ, J.R., especialmente *Tumultus et urbanae seditiones*, *op. cit.*, especialmente pp. 31-72. Sobre los problemas económicos y sociales en la tardía antigüedad ver E. PATAGLEAN, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance 4<sup>e</sup>-7<sup>e</sup> siècles*, Paris-La Haya, 1977.

74. MAZZARINO, S.: «L'Adventus di Costanzo II a Roma e la carriera de Pancharius», en *Aspetti sociali*, *op. cit.*, p. 217 s.

75. Ciertas fuentes, como Herodiano o Amiano Marcelino, son relevantes para establecer una tipología y cronología de los desórdenes en Roma, pero los tumultos se dieron en muchas ciudades del Imperio como señala Libanio en su discurso a Teodosio, *sobre las revueltas*, 11; especial hincapié hace en la ciudad de Alejandría: 14; MacMULLEN, R.: *Enemies of the Roman Order*, *op. cit.*, pp. 164-168.

76. HERODIANO: I, 12, 5 y 8; sobre los efectos de los disturbios en época Republicana y Alto Imperial BRUNT, P. A.: «The Roman Mob», P&P, 35, 1966, pp. 3-27, especialmente p. 10; señala también que el hacinamiento favorecería los tumultos, p. 12. También YAVETZ, Z.: *Plebs and Princeps*, Oxford, 1969, utilizada la ed. francesa: *La plèbe et le prince. Foule et vie politique sous le haut-empire romain*, Paris, 1983, quien distingue entre las reacciones no violentas de protesta, p. 33 ss. y las violentas p. 51 ss.

77. AMIANO, XV, 7, 5:

78. Amiano Marcelino, XV, 7, 4 y Libanio.

espacios amplios, que puedan albergar a una gran cantidad de gente, la plaza de Septemzodio fue donde comenzaron, según Amiano<sup>79</sup>, a lanzar improperios contra el prefecto Leoncio. Aunque la violencia en la mayoría de las ocasiones suele estar limitada en el tiempo, suele ser breve<sup>80</sup>, y sus objetivos muy concretos, suelen dirigirse a ciertos miembros de la aristocracia senatorial o local, principalmente a los prefectos urbanos, en algunas ocasiones se dirige contra otros miembros del gobierno provincial<sup>81</sup>. Los motines frecuentemente comienzan con insultos y protestas para ir arreciando el descontento hasta terminar por quemar o saquear la vivienda del prefecto y parte de su patrimonio en la ciudad, práctica habitual hasta el punto de que éstos suelen abandonar la ciudad, o en su defecto obligan a abandonarla a sus familias<sup>82</sup>. A veces se producen daños a personas, en algunos casos hasta su eliminación física, aunque son menos corrientes, al menos las fuentes no los transmiten. En algunas ocasiones se acompañan de destrucción de estatuas del emperador, como en la sublevación de Antioquía del 387<sup>83</sup>, en la que la masa se dedica a destruir el símbolo sagrado por excelencia del Imperio, tal acto conlleva un elemento subversivo tanto político como religioso de primer orden, dado que la figura imperial y su representación es *sacer*. La destrucción de estatuas nos informa de los lugares preferentes de acción tumultuaria, éstas están situadas principalmente en el Foro y en los edificios públicos más representativos, lo cual nos lleva a pensar que el punto nodal de los motines se desarrolla en el centro urbano. Es en estos lugares donde generalmente se hallan las viviendas de los prefectos urbanos y de la nobleza senatorial; Símaco tenía su quinta en el Quirinal, y hasta allí se dirigió la plebe para destruirla.

79. AMIANO, XV, 7, 3.

80. Hay excepciones, la más famosa de todas la revuelta *Nika* del 532 que enfrentó al pueblo de Constantinopla con Justiniano y que a punto estuvo de costarle el trono. De la amplia bibliografía existente sobre el tema señalamos la obra clásica de MANOJLOVIC, E.: «Le peuple de Constantinople», *Byzantion*, XI, 1936, pp. 617-716; JARRY, J.: *Hérésies et factions dans l'Empire byzantin du IV siècle*, El Cairo, 1968; CAMERON, A.: *Circus factions*, *op. cit.*; de los últimos trabajos aparecidos, GREATREX, G.: «The Nika Riot: A Reappraisal», *JHS*, 1997, pp. 60-87; TINNEFELD, F.: «Nika-Aufstand, Revolte gegen Iustinianus I», *Der Neue. Pauly. Enzyklopädie*, VIII, 2000, 892-893.

81. Sobre Cronología y las fuentes que tratan las revueltas en las diversas prefecturas del 351 al 402, KONS, H.P.: *op. cit.*, p. 110 ss.; ver también centrado en Constancio AJA SÁNCHEZ, J.R.: «Los prefectos urbanos de Constancio II y el comportamiento vindicativo de la plebe romana en Amiano Marcelino», *Stud. Hist. Hª antig.*, 13-14, 1995-96, pp. 379-399, especialmente en el gobierno de Constancio p. 381 ss. y posteriormente, pp. 387 s.

82. Símaco a consecuencia de la revuelta de Gildón en el 398 y de la posterior crisis anonaria es acusado de ésta, viéndose obligado a alejarse de la ciudad con su familia. *Epist.*, VI, 48; al respecto puede consultarse MARCONE, A.: *Commento storico al VI libro dell'epistolario di Q. Aurelio Simmaco. Introduzione, commento storico, testo, traduzione e indici*, Pisa, 1983; del mismo «Simmaco e Stilicone», *Colloque genevois sur Symmaque*, Paris, 1986, p. 151.

83. LIBANIO, *op. cit.*, 8 y 29, 31. Sería nada menos que una «profanación».

Se afirma que el empleo de la fuerza por parte de la plebe romana respondía a una *vis publica* vindicativa<sup>84</sup>, que de alguna manera hacía legítimos los tumultos populares y los justificaba especialmente en los casos de destronamiento de tiranos o de flagrantes injusticias, es bastante posible que así fuera, pero consignamos que este empleo de la violencia por parte de la plebe no pretende un respaldo legal, es más se hace al margen de la ley; las propias fuentes, Amiano el primero, señalan reiteradamente la injusticia con que actúa la masa ciudadana<sup>85</sup>. Creemos que la fuerza popular se ejerce por y en función de los propios intereses de los grupos populares, aunque en origen o en un momento de su desarrollo puedan estos intereses estar manipuladas. La práctica social de los disturbios hay que verlo como lo que es: un medio de mostrar, con reivindicaciones diversas, la disconformidad y el malestar de la plebe urbana ante situaciones coyunturales adversas, pero sería ingenuo pensar que no existían unas condiciones estructurales de violencia institucional o social por parte de los poderosos y de penuria generalizada.

En definitiva la plebe urbana se concentra, actúa y protesta en el mismo espacio público en que goza del triunfo y la fiesta. Ambas maneras, celebración y desorden, son manifestaciones explícitas de una conciencia popular, tal vez difusa y nada sistematizada, que reivindica ser protagonista de la vida política. Por más que veamos en las celebraciones triunfales, y con razón, una utilización integradora e ideológica del poder imperial, donde se pretende neutralizar las abismales diferencias político-sociales, hay que entender que letalmente existe un componente de conciencia identitaria que tiene su punto álgido en los movimientos reivindicativos. Es, por ello, por lo que la plebe se serviría del espacio ciudadano desde una dimensión reivindicativa, que le sirve a su vez como forma de reconocerse a sí mismo, rechazando en ciertas ocasiones, la exclusiva utilización que pretende hacer de la ciudad el sistema imperial y sus élites.

84. AJA SÁNCHEZ, J. R.: «Los prefectos urbanos», *op. cit.*, p. 393 s., recoge los argumentos de MURGA, J. L.: *Rebeldes a la República*, Barcelona, 1979, pp. 22-27. También VEYNE, P.: *La sociedad romana*, Barcelona, 1991, pp. 215-243, aparecido originalmente en «Le folklore à Rome et les droits de la conscience publique sur la conduite individuelle», *Latomus*, 1983, pp. 3-30; especialmente p. 226 ss., sobre la justicia popular en Roma.

85. Las fuentes antiguas son bastante unánimes en tratar los movimientos de masas con desprecio y temor. Para el período tardoantiguo ver CRAMER, F.: «Was heisst Leute?», *Arch. für lateinische Lexicographie*, VI, 1989, p. 354 ss. De un período posterior y con relación a Bizancio RODRÍGUEZ GERVÁS, M.: «La imagen del pueblo en el panegírico de Coripo a Justino II», *S.H. Hª Antigua*, 16, 1998, pp. 331-346.